



Jacinto Gómez López

Profesor doctor UCM

@ jacintog@ucm.es

id 0000-0002-7754-938X

José Francisco Díaz Cuesta

Profesor doctor UCM

@ jose.diaz@ucm.es

id 0000-0002-9674-7656

Francisco Javier Quiñones de la Iglesia

Jefe de servicio. Oficial del Ejército de Tierra

@ fquide@et.mde.es

id 0000-0002-0480-2786

■ Recibido / Received
11 de agosto de 2022

■ Aceptado / Accepted
20 de agosto de 2022

■ Páginas / Pages
De la 223 a la 232

■ ISSN: 1885-365X

La desinformación y la guerra híbrida: Instrumentalización de las narrativas informativas para entender la guerra del siglo XXI

Disinformation and hybrid war:
Instrumentalization of informative narratives
to understand 21st century war

RESUMEN:

La guerra es tan antigua como la humanidad, donde la comunicación adquiere tanta importancia como los ejércitos tradicionales. Internet imprime un sello de novedad. Proscrita en Occidente la palabra *guerra* —se pretende sustituir por el concepto abstracto de *competencia estratégica*—, los dominios no físicos del conflicto adquieren un papel protagonista. Se pretende analizar el concepto de desinformación como arma del dominio informativo. La metodología seguida ha sido la revisión bibliográfica sobre los tópicos *guerra*, *desinformación*, *guerra híbrida* y todos los contenidos periodísticos que analizan la nueva incorporación de los ataques informáticos por parte de los ejércitos. En los resultados se exponen los mecanismos que están implicados en la desinformación en la guerra, algunos de los empleados históricamente por la Unión Soviética (URSS), hoy Rusia, en el conflicto bélico en Ucrania y las respuestas preventivas de los países con agencias específicas que intentan contrarrestarlos. El uso de algoritmos, la manipulación de sitios web de usuarios con contenidos diseñados por el subversor, la diseminación masiva de noticias falsas y narrativas usando programas de ordenador (bots) o *hackers* humanos que se desarrollan como usuarios (trols) hacen un conjunto multiplicador de fuerza que no solo se consigue con el ejército tradicional. Se concluye que la desinformación se ha establecido como mecanismo de guerra especialmente en el siglo xx y, en la actualidad, con la digitalización, el fenómeno de la guerra se presenta de una forma aséptica, esterilizada, deshumanizada y cibernética.

PALABRAS CLAVE:

Desinformación; dominio informativo; estrategia híbrida; guerra híbrida; *fake news*; verdad.

ABSTRACT:

War is as old as humanity where communication becomes as important as traditional armies. Internet prints a novelty stamp. Prohibited in the West the word war, it is intended to be replaced by the abstract concept of *strategic competition*, the non-physical domains of the conflict acquire a leading role. It is intended to analyze the concept of disinformation as a weapon of the information domain. Methodology: bibliographic review on the topics of war, disinformation, hybrid warfare and all the journalistic content that analyzes the new incorporation of computer attacks by armies. Results: The mechanisms that are involved in disinformation in war are exposed, some of those used historically by the USSR, today Russia in the war in Ukraine and the preventive responses of the countries with specific agencies that try to counteract them. The use of algorithms, the manipulation of user websites with content designed by the subverter, the massive dissemination of false news and narratives using computer programs (bots) or human hackers that develop as users (trolls) make a force multiplier set that is not only achieved with the traditional army. Conclusions: disinformation has been established as a mechanism of war especially in the 20th century and currently with digitalization, the phenomenon of war is presented in an aseptic, sterilized, dehumanized and cybernetic way.

KEY WORDS:

Disinformation, informative domain, hybrid strategy, hybrid war, fake news, truth.

1. Introducción

Tras el final de la Guerra Fría y la descomposición del sistema de bloques, las sociedades occidentales creyeron posible, una vez más, que la necesidad de la guerra como forma de resolución de conflictos había desaparecido. Uno de los factores que posiblemente más hayan influido en esa ilusión ha sido la irrupción de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Estas han hecho posible edificar una red global por la que circulan las infinitas relaciones sociales, políticas y económicas que conforman un sistema en el que sus miembros son profunda y peligrosamente interdependientes.

Sin embargo, el sistema es asimétrico, puesto que en esa relación de interdependencia unos miembros resultan ser más dependientes que otros. Con la evidencia de que el desplazamiento del centro de gravedad geopolítico hacia el espacio Asia-Pacífico a inicios del siglo xx era ya una realidad, se asumió desde entonces que en las relaciones entre grandes potencias crecerían las fricciones (Mearsheimer, 2001, pp. 385-386). Por tanto, frente al discurso liberal y multilateralista oficializado en las sociedades occidentales durante las dos últimas décadas, lo cierto es que el sistema internacional se mueve actualmente hacia un marco más realista, que sospechamos que nunca abandonó.

La guerra es el fenómeno político más doloroso al que se puede ver sometida una sociedad, pero del mismo modo es tan antigua como la humanidad (Macdonis y Plummer, 2011, p. 478). Puede que, como transición hacia su, supuestamente, inevitable desaparición, se pensara que al menos sus manifestaciones tendrían inexorablemente hacia formas asépticas, y no sangrientas, lo que, de alguna forma, debería hacerla más tolerable.

El pasado 24 de febrero de este 2022, el ejército de la Federación Rusa lanzó simultáneamente una ofensiva sobre Ucrania desde cuatro direcciones distintas; los muertos en ambos bandos ya se cuentan en miles y los refugiados y desplazados en millones. La guerra, que según la teoría de Clausewitz «es una continuación de la política por otros medios» (es decir, la violencia organizada), ha reaparecido con toda su crudeza en el espacio euroasiático, algo que para el ciudadano medio parecía impensable.



Desde una perspectiva polemológica o del estudio de la guerra, no pocos autores han subrayado que la guerra no había perdido un ápice de su valor como instrumento de poder y que, por tanto, su finalidad seguiría siendo la de la política a la que obedece (Quiñones, 2017, p. 11). Por otra parte, lo que ha sucedido es que los mismos factores de los que se esperaba que hiciesen la guerra innecesaria han abierto nuevos campos a la acción bélica. En estas condiciones, los dominios en los que se desenvolverá la guerra en un futuro próximo manifestarán una clara ampliación desde los ámbitos tradicionales —de naturaleza física, tierra, mar y aire— hacia otros no físicos que parecen adquirir incluso mayor importancia, como el hecho de la guerra híbrida tras la aparición de internet.

Uno de estos últimos ámbitos es el informativo, que contempla una amplia gama de capacidades con las que ampliar el poder militar más allá de los entornos físicos para, sin solución de continuidad con estos, pasar a explotar las posibilidades de los sistemas de información y conocimiento (Caballero, 2003, p. 256). Debido a la constante innovación tecnológica, actualmente, la tasa de posibilidades en el dominio informativo crece exponencialmente.

Sin embargo, debido a la imprecisión de muchos de estos contenidos y a su dificultad de conceptualización, en la literatura occidental de seguridad se ha aceptado englobarlos bajo el vago término de *guerra híbrida* (Quiñones, 2020). En el marco del constructo tan artificioso como mediáticamente efectivo que es la guerra híbrida, la desinformación emerge sin duda como uno de sus componentes esenciales. Sin embargo, como su empleo es expansivo a la vez que impreciso, incita a la audiencia no iniciada a confundirlo con la expresión *fake news* ‘noticias falsas’.

Desde un enfoque sistémico, aparecen determinados actores del sistema internacional que hacen uso regular de la desinformación incluso en su política exterior. Desde la óptica occidental de las relaciones internacionales, algunos autores se refieren a aquellos como revisionistas del *statu quo*, lo que también es un aspecto discutido (Schweller, 2015).

Una aproximación inicial al concepto de *información* nos presentaría esta como el conjunto de datos que intercambian emisor y receptor a través de un canal. El sentido a dicha interacción lo aportará el código, que debe ser conocido por ambos para que la información cobre sentido. Finalmente, el contexto termina de configurar el proceso de la comunicación. Por el contrario, el término *desinformación* alberga ya en origen una intención maliciosa, un deseo premeditado de causar daño o perjuicio a alguien. Además, no hace referencia a ausencia de información, como podría deducirse desde el punto de vista léxico, y tampoco es una imagen distorsionada de aquella, semejante a la que un determinado tipo de espejo curvo devuelve del objeto situado frente a él. En cambio, sí podríamos interpretarla como contradictor *in terminis* del término *raíz*, al que pervierte.

Tras la precedente exposición del marco contextual, el resto de este trabajo se organizará de la siguiente forma. En primer lugar, analizaremos que la desinformación puede militarizarse, de hecho funciona como una capacidad del espacio informativo, que las construcciones narrativas pueden condicionar profundamente las percepciones del receptor y que, en el marco de los procesos comunicativos, determinados actores del sistema internacional se valen de ellas como soporte de la desinformación. A continuación, como estudio de caso, se comprobará cómo se ha servido Rusia tradicionalmente de la desinformación con intención ofensiva en beneficio de los objetivos de su política exterior.



2. Material y métodos

Se ha llevado a cabo una exhaustiva revisión de la bibliografía acorde a la guerra híbrida y especialmente a la desinformación en tiempos de guerra desde principios del siglo xx, centrándose en el entorno de la extinta URSS, la actual Rusia. Se ha buscado acercar al lector a los aspectos relacionados con la desinformación en tiempos de guerra, sus tácticas principales, así como su origen y causas y los cambios sustanciales que se han puesto de manifiesto en el actual conflicto en Ucrania. También se han analizado estrategias preventivas. Los resultados se han presentado dentro de una redacción narrativa.

3. Resultados

Se exponen a continuación las estrategias de desinformación como arma en el dominio informativo, que han sido desarrolladas desde principios del siglo xx hasta la actualidad, en los conflictos bélicos y prebélicos donde la extinta URSS, la actual Rusia, ha estado implicada.

Debido al concurso de las nuevas tecnologías (Gómez-López, 2020), parece incuestionable que esta segunda década del siglo xxi, conocida como la *era de la información*, sea también la de la desinformación. Sin embargo, lejos de constituir un fenómeno nuevo, la actual ola de desinformación ya sería la cuarta desde que apareciese como tal a principios de los años veinte del siglo pasado. Aunque los principios fundamentales se mantienen, para Rid, las nuevas tecnologías e internet han desprofesionalizado el viejo arte de la influencia al mismo tiempo que se acelera su ritmo y moderación (2021, pp. 10-11).

Al contrario de lo que una gran parte de la opinión pública entenderá por desinformación, esta no es simplemente información falsa o *fake news*, al menos no necesariamente.

Un famoso caso de las primeras operaciones de desinformación fue la famosa carta de Zinoviev, conocida como *carta roja*, publicada en los medios británicos en 1924. Presuntamente, fue redactada por Grigori Zinoviev y dirigida al Comité Central del Partido Comunista Británico, y desató un escándalo que causó la caída del Gobierno laborista de Ramsay McDonald e impidió la ratificación de los tratados de cooperación que se habían acordado con la Unión Soviética (Bennett, 1999, p. 1). Detrás de todo ello, se encontraba el temor a una insurrección armada en el país promovida por el comunismo. De la misma forma que lo hacía hace un siglo, la desinformación busca erosionar los cimientos de los sistemas abiertos atacando en primer lugar la confianza de los ciudadanos en sus instituciones. Un orden liberal no puede existir sin transparencia, por lo que, para que el relevo de poderes de gobierno no sea traumático tras unos comicios, es imprescindible la confianza del ciudadano en la infraestructura política, el sistema de escrutinio de votos, la cobertura mediática, etc. Las famosas medidas activas soviéticas de la Guerra Fría, de las que hablaremos más adelante, estaban diseñadas con ese propósito. De la misma forma, las operaciones de desinformación actuales, promovidas por los herederos de aquella época, persiguen objetivos similares.

La propaganda formaba parte de las herramientas a las que recurrían no solo las medidas activas mencionadas, sino también los principios de la guerra revolucionaria y la guerra psicológica. En todos estos ámbitos, la propaganda comprendía «tanto la difusión de información como de ideas con el objetivo de lograr que el adversario actúe de una forma o adopte



un cierto curso de acción favorable a los intereses propios» (Nordquist, 2019). Las noticias falsas han existido siempre en forma de propaganda o de titulares tendenciosos, sembrando el desconcierto y el temor en la opinión pública sobre temas sensibles y concretos. A pesar de ello, desde la óptica actual del individuo receptor, es fácil entender que se tienda a asimilar el término *fake news* con *propaganda*, lo que no es correcto. Pero más peligrosa resulta la falta de concienciación sobre el hecho de que el primero no comunica una idea precisa de la magnitud del problema con el que se enfrentan hoy en día las sociedades abiertas.

Sin embargo, lo que cambia radicalmente el panorama actual es la velocidad y el alcance con el que los relatos deliberadamente falsificados llegan al ciudadano (UER, 2018, p. 5). Se puede deducir fácilmente que el factor diferencial ha sido la tecnología, tan presente hoy en la vida del ciudadano medio como lo era la prensa escrita hasta hace apenas un par de décadas. A semejanza de la prensa tradicional, que solo exigía al usuario un conocimiento no necesariamente exhaustivo del lenguaje escrito, las redes sociales y las plataformas de información *online* tampoco demandan del usuario una cualificación técnica específica. Además, las interfaces máquina-usuario se diseñan ingeniosamente desde el punto de vista ergonómico para hacerlas más simples y atractivas, pues se apoyan en mecanismos psicológicos que refuerzan la adicción digital del usuario.

Por el contrario, a diferencia de la radio o del medio escrito, en los que el editor es responsable legalmente de los contenidos publicados, no existe una responsabilidad equivalente para los que se distribuyen en las redes sociales. Así, para cualquier actor interesado resulta mucho más fácil, económico, rápido y seguro utilizar la red para difundir noticias falsas, las cuales, como ya hemos mencionado, pueden formar parte de una campaña de desinformación más elaborada.

En esta línea, organismos como la Unión Europea de Radiodifusión (UER) interpretan el término *fake news* como «la creación y/o difusión intencional de noticias falsas o engañosas en las redes sociales y plataformas similares, ya sea por motivos políticos o de otro tipo» (2018, p. 6). Es interesante subrayar la circunscripción del término al medio digital como arquetipo del omnipresente elemento tecnológico sobre el que actualmente pivota el mundo de la comunicación y, por consiguiente, el de la desinformación. La aproximación de la UER al fenómeno *fake news* se asemeja extraordinariamente al concepto genérico de *desinformación*, por lo que, en consecuencia, este organismo recomienda recurrir al término *desinformación online*, que es mucho más preciso y evocativo de la amenaza. No obstante, la desinformación, aunque resulta ser el núcleo del problema, solo es una parte de lo que la UER denomina «caos de la información» (2018, p. 6).

La digitalización aplicada a la comunicación ha hecho posible que las piezas de información puedan recorrer el mundo prácticamente en tiempo real. Si bien es cierto que esto abre unas posibilidades ilimitadas a la transmisión y ampliación del conocimiento, también lo hace a su lado oscuro. La necesidad de información inmediata por la adicción digital se conoce como FOMO (*fear of missing out*) y lamentablemente tiende a prevalecer sobre el análisis fundamentado pero diferido (Sampedro, 2021, p. 3).

Para las organizaciones e instituciones de seguridad y defensa, las múltiples amenazas configuradas en formato digital que se engloban en los ámbitos no físicos de la guerra constituyen una pesadilla. La posibilidad de un Pearl Harbour digital se hizo patente en 2007 a raíz del ciberataque masivo de denegación de servicios (DoS, por sus siglas en inglés) a los



servidores del Gobierno de Estonia. Este ataque ofreció un modelo de la metodología que seguirían los autores de este tipo de acciones en el futuro y que, actualmente, tanto en el ámbito popular como en el académico, se engloban bajo el vago término de *amenazas híbridas* (Juurvee y Mattiisen, 2020, p. 37). Aunque el hilo conductor de los hechos conducía hacia los servicios de seguridad de la Federación Rusa, lo cierto es que no se podía esclarecer con certeza si los ataques de DoS debían atribuirse a activistas rusoparlantes, al aparato de seguridad ruso o a una cooperación entre ambos. Lo que empezaba a sospecharse es que la red parecía estar diseñada a propósito para la desinformación antes incluso de la expansión de las redes sociales (Rid, 2021, pp. 343-345).

El detonante del caso estonio fue el anuncio por el Gobierno de este país en agosto de 2007 de su intención de trasladar una estatua que conmemoraba la entrada del Ejército Rojo en Tallín en septiembre de 1944. El simbolismo de la estatua era bivalente, ya que para unos representaba la liberación de la ocupación nazi, mientras que para otros lo era de la ocupación soviética.

La militarización de la narrativa sobre el significado de aquella estatua sirvió de combustible para el enfrentamiento social desde enero de ese año e hizo saltar las alarmas sobre el peligro que supone este curso de acción para la seguridad nacional. La militarización de la narrativa busca socavar identidades, generar confusión y provocar la fractura política y social de las sociedades objetivo (Allenby y Garreau). Dado el amplio espectro de sus objetivos, la responsabilidad solo puede conducir hasta actores ubicados en el nivel sistémico, lo que significa actores estatales. Rusia, por ejemplo, ha demostrado gran habilidad al utilizar el enfoque posfactual de su cultura política para la militarización de las narrativas. Dicho enfoque le ofreció excelentes resultados en 2014 con la anexión de la península de Crimea en Ucrania y mantiene actualmente bajo constante presión a los países bálticos. Sin embargo, no parece haber funcionado con el mismo éxito en la invasión de Ucrania de 2022.

Los servicios de seguridad rusos han hecho amplio uso desde los primeros momentos de la revolución de las que se llegarían a conocer como *medidas activas* (*aktivniye meropriyatiya*) tanto en el exterior como en el interior del país. Incluso, se podrían encontrar sus antecedentes en las prácticas de la antigua policía secreta zarista. Aunque el término, en principio, nos hace retroceder a los tiempos de la Guerra Fría, existe acuerdo suficiente entre los especialistas de que Rusia ha vuelto a aquellas tácticas técnicas y procedimientos, pero convenientemente actualizadas al medio digital del siglo XXI (Galeoti, 2019).

El Departamento X era la unidad encargada de las operaciones de desinformación dentro de la HVA, la rama de inteligencia exterior de la Stasi (equivalente del KGB en la República Democrática Alemana). El X, pronunciado *Diez*, era un departamento altamente secreto de una unidad altamente reservada que, a su vez, pertenecía a una organización altamente discreta. Durante la mayor parte de la Guerra Fría, el Diez estuvo bajo el mando de Rolf Wagenbreth, el cual no fue autorizado a hablar de los cometidos de su departamento hasta 1986. Y eso solo ante un grupo de cuadros de la Stasi. En aquella conferencia, Wagenbreth planteó a sus colegas lo que sigue: «Hay una profesión que aprecio especialmente, una profesión que puede salirse con la suya en casi todo y ese grupo son nuestros queridos periodistas» (Rid, 2021, p. 207).

La afirmación de Wagenbreth tenía sentido; los periodistas, especialmente los de investigación, se cuidan de contar entre sus contactos con un nutrido listado de funcionarios,



académicos y profesionales con acceso a información que generalmente no se encuentra disponible en fuentes abiertas. Servicios de inteligencia y periodistas se alimentan de la misma materia prima: la información.

Por ese motivo, ambos han contraído una suerte de relación simbiótica que alcanzó su máxima expresión en el ámbito de las medidas activas. Tan es así que el jefe del Departamento X llegó a formular, obviamente de modo retórico, la siguiente pregunta: «¿Qué sería de las medidas activas sin periodistas?» (Rid, 2021, p. 208). Tres décadas más tarde, la pregunta que quizás deberíamos formularnos es ¿qué sería de las medidas activas sin internet?

A principios de los años sesenta del siglo xx, los servicios de inteligencia de la extinta URSS dividieron sus operaciones en lo que denominaron *medidas pasivas*, básicamente obtención de documentos, y *medidas activas*. Estas últimas obtuvieron prioridad y su función principal era difundir desinformación como una capacidad fundamental de apoyo a su política exterior (Marín, 2022, p. 8).

En el conflicto actual en Ucrania, el uso de algoritmos de inteligencia artificial, la manipulación de sitios web que conectan a los usuarios con el subversor, la diseminación masiva de noticias falsas y narrativas mediante programas de ordenador (bots) o *hackers* humanos que se desarrollan como usuarios (trols) conforman un potente conjunto multiplicador de fuerza en tiempos de guerra, algo que se está viendo de forma general en la actuación rusa en Ucrania. Esto puede generar un arsenal militar también sobre el individuo o grupos objetivo para que la capacidad de asimilación sea obvia y hacerlos incapaces de diferenciar la realidad de los contenidos generados o de ficción.

En cuanto a estrategias preventivas que han intentado controlar estos procesos de desinformación, un primer paso fue la creación de un comité conocido como Active Measures Working Group (AMWG), creado en tiempos del mandato de Reagan, una de las primeras estructuras para luchar contra la desinformación. Este comité tenía como objetivo principal la desinformación soviética. Tras la desaparición de la URSS, la KGB se redirigirá hacia nuevos objetivos, como asegurar la permanencia del *statu quo* soviético y preservar las estructuras de poder existentes (Abrams, 2016).

A pesar de que los documentos estratégicos y de política exterior de la Federación Rusa son accesibles, los objetivos quedaron meridianamente claros en 2008 a raíz de su intervención militar en Georgia. Desde entonces, hasta la reciente invasión de Ucrania el 24 de febrero de 2022, pasando por la anexión *de facto* de Crimea y parte de los óblasts de Lugansk y Donetsk, en Ucrania oriental, en 2014, todo ello avala el dictamen prospectivo que el AMWG emitió hace exactamente treinta años.



4. Discusión y conclusiones

En relación con el valor estratégico de las narrativas como soporte de la desinformación, hemos de señalar que, para que se produzca un proceso comunicativo, debe existir un motivo, además de un grupo social o red que comparta el mismo código. La causa suele aparecer en la existencia de intereses o ideología comunes, que se sirven de las narrativas como soporte inmaterial del grupo (Jordán y Calvo, 2005, p. 129). El relato aporta consistencia al constructo narrativo, ya que dimana de usos, costumbres o sucesos firmemente instalados

en la identidad colectiva del grupo. Como consecuencia, e independientemente de su origen historiográfico o mitológico, el relato es portador de un significado identitario para el receptor, que lo identifica como propio.

Al igual que en el género literario del que toma su nombre, la elaboración de narrativas exige una estructura lógica, puesto que, como hemos explicado, se inspira en sucesos perfectamente conocidos por la audiencia objetivo. Sin embargo, como su intención es alcanzar el corazón del sistema emocional de dicha audiencia, sus efectos se manifiestan fundamentalmente en el mito o relato, en perjuicio del logos o capacidad humana, por lo que, convenientemente modeladas, pueden condicionar el pensamiento racional del individuo o grupo. Las narrativas específicamente construidas son, pues, portadoras de información sumamente sensible para la audiencia de destino. Esto es particularmente cierto en el caso de los grupos dominantes, que se instalan firmemente en el discurso mediante narrativas identitarias (Villarroya, 1997, pp. 210-214). De esa forma, las narrativas contribuyen a robustecer el poder del emisor, al que le costará menos esfuerzos y recursos imponer su programa. En un nivel macro, determinados actores del sistema internacional no dudan en hacer un uso ofensivo pero inteligente de las narrativas como un componente más de su arsenal militar.

De este modo, las narrativas tienen la potestad de transformarse en un poderoso mecanismo de poder, así como, una vez militarizadas, en un arma. Conforme a ello, podremos establecer una clara conexión entre la narrativa (militarizada) y la propaganda, como componente esta última de lo que en los manuales militares se conocía como *guerra psicológica*. No obstante, ambos términos se asocian actualmente a los rasgos que caracterizan la guerra híbrida; un concepto este discutido que, como advierte el doctor Guillem Collom, es «atractivo y novedoso, aunque como teoría corre el riesgo de perder su significado y convertirse en algo irrelevante» (2018, p. 8).

En otras palabras, la narrativa se presenta de forma coherente, comprensible y verosímil, pero, a pesar de aparentar ser verdadera, no tiene por qué serlo, ya que lo importante es lo que la audiencia crea que es real (Soldevilla, 2018). Esta cualidad de las narrativas de crear sus propias realidades es la faceta que les ha granjeado su valor estratégico, donde el activo en valor no es lo que se comunica, sino cómo se hace. Asimismo, pueden convertirse en un arma de efectos impredecibles, porque, al establecer sus propios referentes, fabricados *ad hoc*, terminarán desconectando a sus audiencias de los reales.

La palabra *guerra* hasta estos momentos había desaparecido *de facto* de los canales de comunicación en el mundo occidental de forma general. Sin embargo, la guerra, en su más puro sentido clausewitziano, se ha vuelto a revelar para Occidente como la realidad que es. Considerada como un hecho del pasado lejano por el proceso de globalización, la tragedia en Ucrania, desencadenada por la Federación Rusa, ha demostrado lo contrario. La invasión de Ucrania ha resultado ser un baño de realidad para el voluntarismo europeo y un toque de alarma para revisar sus políticas de seguridad.

Como conclusión, podríamos decir que el fenómeno desinformativo se ha establecido como mecanismo de guerra desde principios del siglo xx y que, en esta era actual de la información donde las ideas se transmiten de forma rápida por todo el planeta y de forma sencilla, en un nuevo entorno en el que todo parece estar modelado por la digitalización, incluso el fenómeno de la guerra se le aparece al sujeto receptor como una nueva realidad, aséptica, esterilizada, deshumanizada, cibernética. Como escribió Clausewitz, la guerra es un cama-



león que adopta diferentes formas según la época, el contexto y los valores y creencias de las sociedades que las libran. Cada guerra es diferente, pero no lo es su naturaleza. Como no puede ser de otra forma, inmutable durante el transcurso de los siglos a los cambios del mundo, la naturaleza de la guerra permanece invariable. En cuanto que producto de la voluntad, su naturaleza es política, mientras que como objeto es instrumental del poder político.

5. Referencias bibliográficas

- Abrams, S. (2016). Beyond propaganda: Soviet active measures in Putin's Russia. *Connections: The Quarterly Journal*, 15(1), 5-31. <http://bit.ly/3ZTrPgC>
- Allenby, B. y Garreau, J. (3/1/2017). *Weaponized narrative is the new battlespace*. Defence One. <http://bit.ly/3XyiwB2>
- Bennett, G. (1999). The Zinoviev Letter of 1924: «A most extraordinary and mysterious business». *History Notes*, 14. www.fco.gov.uk
- Bouthoul, G. (1971). *La guerra*. Vilassar de Mar: Oikos-Tau.
- Britannica (23 de abril de 2020). *Guerra*. <https://www.britannica.com/topic/war>
- Caballero, F. S. (2003). La guerra en la era de la información: Propaganda, violencia simbólica y desarrollo panóptico del sistema global de comunicación. *Sphera Publica*, 3. www.redalyc.org/articulo.oa?id=29700314
- Cimora, B. (2021). *La caída del imperio soviético*. Madrid: Actas.
- Clarín (8/12/2016). ¿Vivimos la era más sanguinaria de la historia? <http://bit.ly/3HrjYzR>
- Clausewitz, C. von (1978). *De la guerra*. Madrid: Ediciones Ejército.
- Collom, G. (enero de 2018). *Contextualizando la guerra híbrida*. Real Instituto Elcano. www.realinstitutoelcano.org/cibers/ciber-elcano-no-32/
- Galeoti, M. (junio de 2019). *Active measures: Russia's covert geopolitical operations*. George C. Marshall. <http://bit.ly/3QZtX2d>
- Gómez, J. (julio de 2019). Tecnologías de la información y los mensajes en los nuevos espectros del conflicto. *Revista de Ciencias de la Comunicación e Información*, 24(2), 45-56. <https://www.revistaccinformacion.net/index.php/rcci/article/view/109>
- Jordán, J. y Calvo, J. L. (2005). *El nuevo rostro de la guerra*. Navarra: Universidad de Navarra.
- Juurvee, I. y Mattiisen, M. (agosto de 2020). *The bronze soldier crisis of 2007: Revisiting an early case of hybrid conflict*. International Centre for Defence and Security. <https://bit.ly/3iRyeZe>
- Krauthammer, C. (1990/91). The unipolar moment. *Foreign Affairs*, 70(1).
- Macionis, J. y Plummer, K. (2011). *Sociología*. Madrid: Pearson.
- Maggioni, M. y Magri, P. (01 de 01 de 2015). Twitter and Jihad: the communication strategy of ISIS. *Journal of Cyberspace Studies*, 2(2), 239-241. <https://doi.org/10.22059/jcss.2018.66728>
- Marín, F. (21 de marzo de 2022). ¿Comprendemos la desinformación?: Rusia y la evolución de las medidas. Instituto Español de Estudios Estratégicos. <https://bit.ly/3ZXl25p>
- Mearsheimer, J. J. (2001). *The tragedy of great powers politics*. Nueva York: W. W. Norton & Company.
- Nordquist, R. (16/02/2019). *Definition and examples of propaganda*. ThoughtCo. www.thoughtco.com/propaganda-definition-1691544
- Quiñones, F. J. (17/03/2017). *Un examen de las causas profundas de los conflictos en la Posguerra Fría. Actores civiles y militares: Diferentes aproximaciones*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. www.ieee.es/contenido/noticias/2017/03/DIEEE030-2017.html



- Quiñones, F. J. (30/11/2020). *Una revisión del concepto actor híbrido/amenaza híbrida*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. <https://bit.ly/3XDriOw>
- Quiroz, N. F. (2021). La polemología como aporte metodológico para profundizar la historia de la guerra. *Revista Científica General José María Córdova*, 19(35). <https://doi.org/10.21830/19006586.785>
- Rid, T. (2021). *Desinformación y guerra política*. Barcelona: Crítica.
- Sampedro, R. (9/03/2021). *Redes sociales: Desinformación, adicción y seguridad*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. <https://bit.ly/3WBEC4q>
- Schweller, R. (7/07/2015). *Rising powers and revisionism in emerging international orders*. Valdai Discussion Club. <http://bit.ly/3XNYfHx>
- Soldevilla, G. F. (5/06/2018). La importancia del relato. *El Diario Vasco*. www.diariovasco.com/opinion/importancia-relato-20180504215614-nt.html
- UER (18/04/2018). *Fake news and the information disorder*. <https://www.ebu.ch/news/2018/04/fake-news-and-the-information-disorder>

